Día 31

La del sábado suele ser una mañana tranquila. Me gusta desayunar en la terraza de mi casa, observando el paso de la gente en la calle. Las mujeres tiran de los carros de la compra, cargados hasta los topes, de vuelta a sus casas, después de dejarse casi un cuarto de su sueldo en unas piezas de carne y algo de fruta. Con un poco de suerte ese carro lleno les durará una semana. Gastan, gastan y gastan el dinero que no tienen. Compran, compran tonterías. El mejor suavizante. El desodorante más caro. La puta colonia que huele a jazmín y no se cuántas estúpidas flores más. Las patatas fritas onduladas, las aceitunas, las cervezas para que el marido pueda ver el fútbol contento esa noche. Y a la vuelta, una ronda por las mejores tiendas del barrio. Bisutería barata. Telas, pantalones, blusas, camisas...

Estoy observando, negando con la cabeza. Algo no funciona. Estas pobres gentes, tan manipuladas ya que no pueden pensar por sí mismas, sólo son peones en la gran partida. La idea viene a mí y sonrío. Sonrío porque yo aún no estoy lobotomizado como ellos.

Suena el timbre de la puerta. No espero a nadie. Abro. La figura de un hombre aparece en el umbral. Dice mi nombre. Asiento. Me entrega un papel. Correo certificado. En el sobre aparece el membrete del ministerio de justicia. Cierro la puerta. Abro el sobre y leo el contenido de la hoja que guarda en su interior. Se trata de una citación. Tengo que presentarme dentro de siete días en los juzgados. Quieren que testifique ante el juez. No parece que me acusen de nada. Estoy convencido de que es por el caso de Lorena. Querrán saber datos, datos inútiles. Dejo la carta encima de una mesa. Voy al baño. Me doy una ducha. Esta tarde he quedado con Marta.

Ella está guapa esta tarde. Alejandro viene con nosotros. Hablamos de muchas cosas. El chico quiere saber cosas de mí. Pregunta por mi trabajo, por mi vida, por mi familia. No le quiero contar nada de mi familia. Me mira, me observa. ¿Cómo es tu casa?, pregunta directamente. Le explico que vivo cerca de allí. En un apartamento. Quiere subir a verlo. Miro a Marta. Ella niega con la cabeza pero el chico insiste. Tomamos un café, si quieres, digo. Ella acepta, a regañadientes.

Subimos a mi casa. Hago de gran anfitrión. Enseño las distintas estancias a mis invitados. Doy un refresco a Alejandro y me dispongo a preparar café para Marta y para mí.

Estamos juntos, en la cocina. Nos besamos. Un beso rápido, fugaz, furtivo. Nos miramos. Alejandro entra con un papel en la mano. Dice algo de un juzgado. Lo cojo. Marta me mira. Mierda. No quería contarla nada. Se trata de una citación, para testificar, explico con toda la calma que puedo. Acabo contando que yo estaba relacionado con una de las chicas asesinadas, Lorena. Ella me mira. Asiente. No veo miedo en sus ojos. Eso es bueno. Sigo explicando que la prensa piensa que llevábamos una relación seria, pero mienten. Todo lo exageran. Sigo mirando sus ojos. Mierda, mierda. No puedo hacer nada. Espero su reacción. Ella sonrío y me acaricia la mano. Lo siento, susurra. Vuelve a besar mis labios. Un beso breve. Bien. Perfecto. Todo aclarado, de momento.

Nos sentamos en los sillones, en el salón. Todo parece ir perfectamente. Alejandro juguetea con el mando de la televisión. Entonces se da la vuelta, me mira. ¿Quién mató a esa chica?, pregunta. Se hace un silencio sepulcral. No lo sé, Alejandro, respondo. No lo sé.

Día 32

La pregunta del chaval ha atormentado mi cabeza durante toda la noche. No he podido pegar ojo. ¿Quién mató a esa chica? ¿Quién mató a Lorena? ¿Y a las otras? Trato de recordar quién pudo hacer algo así. A mi cabeza vienen imágenes de sus caras en el momento de ver la muerte de cerca. Siento una enorme excitación cuando las recuerdo en su último momento, en su último aliento. Me imagino a mí mismo asesinando a esas chicas. No, no es imaginación. Soy un asesino. Creo que lo he sido toda mi vida. Miro el reloj que hay sobre la mesilla al lado de mi cama. Son las 5:15 de la mañana. Desactivo la alarma antes de suene. No he dormido nada.

Me doy una ducha para despejarme. Desayuno en silencio. No se oye ningún ruido. Un silencio solemne se adueña del mundo. A las 6:30 salgo a la calle. Las calles están casi vacías a esta

hora. Aún falta una buen rato para que la ciudad comience a mostrar su aspecto más amargo: la gente. La gente es el mal de esta ciudad, de todas las ciudades. Los sitios no son malos. Los hacen malos las personas. Camino hacia una calle principal. Me detengo junto a la calzada y espero que pase un taxi. Veo uno a lo lejos. Hago una señal con mi mano y automáticamente veo sus intermitentes encendiéndose y apagándose. Se detiene junto a mí. Abro la puerta trasera del vehículo y subo.

Lo primero que noto en su interior es un olor extraño. Ese maldito olor que tienen todos los taxis. Esa mezcla de todo tipo de hedores corporales, desodorantes, colonias y ambientadores tan típica de este transporte. Son como las putas de los coches. Te llevarán donde quieras por dinero. En el fondo todos somos putas. Nos dejaríamos follar por dinero. Todos. Pienso en esto mientras indico al taxista que me lleve a la estación de tren. Putos viajes de trabajo. Sigo pensando en alguna persona que no se dejara follar por dinero. No soy capaz de imaginar a nadie. Casi todos los hombres se dejarían follar por casi todas las mujeres de este planeta sin pedir nada a cambio. Al resto les bastarían unas pocas monedas para convencerse. Las mujeres serían más selectivas. No se dejarían follar por cualquiera a cambio de dinero. Pero sí por algunos. Cada vez me convengo más de que el proceso de evolución está deshaciéndose.

Debo dejar mis reflexiones para otro momento. El conductor del taxi ha detenido el vehículo y lee en voz alta la cifra que marca el taxímetro trucado que lleva pegado al salpicadero del coche. Pago. Vuelvo a caminar por los grandes espacios abiertos de la estación. Debo buscar mi tren. Unos paneles luminosos indican todo lo necesario. Vía, andén, hora de salida. Por fin encuentro mi tren, mi vagón y mi asiento.

El tren arranca con puntualidad. Hasta ese momento no me había fijado en que junto a mí hay otra persona sentada. Joder, maldita sea. Me mira. Intento apartar la mirada antes de que pueda pensar que me apetece escuchar su voz. Es tarde para eso. Empieza a hablarme. Joder, ¿de qué puede una persona querer hablar con un desconocido a las 7:45 de la mañana? Mierda, su voz se clava en mis oídos. Me machaca. Martillea mi mente. Yo contesto. Hablo. Actúo. Vuelvo a

actuar. Sigo siendo el gran actor de este puto circo mundial. Me intereso por sus negocios, pero noto como crece dentro de mí el odio hacia ese cadáver mental ambulante. Debo tranquilizarme. Evalúo la situación. Me quedan tres horas con este capullo al lado y no puedo hacer nada. Pienso en lo que vendrá después del viaje. Mierda, el chulo engominado y uno de los capullos de mi departamento me esperarán en la estación destino. Cierro los ojos. El sueño se empieza a apoderar de mí. Perfecto. Espero poder dormir ahora y despertar cuando un atisbo de luz roce las mentes mediocres de estos hombres. Buenas noches, hasta entonces.

Día 33

Tipos luciendo trajes caros. Cabellos peinados en peluquerías donde conocen tus apellidos. Bolígrafos con incrustaciones de oro. Intercambio de tarjetas. Apretones de manos. Sonrisas falsas. Preguntas absurdas. Respuestas más absurdas aún. Reunión de negocios.

Llevo casi un día entero reunido con esta gente. Ayer pasé casi doce horas mirando las mismas caras. Hablando de las mismas estupideces. Hoy llevamos aquí dentro tres horas y seguimos hablando. Nosotros hablamos, hablamos, hablamos. Después escuchamos un rato. Entonces alguien dice algo así como que todo está claro, que tenemos que ponernos en marcha. Todos asentimos con la cabeza. Una voz al otro extremo de la mesa comenta algo al respecto. Todo se vuelve a fastidiar. Volvemos a empezar. Otra vez. Mierda. Jamás saldremos de esta puta sala de reuniones.

Pasan dos horas más. Después de casi un día y medio todos están de acuerdo en que deben ponerse de acuerdo. Yo tengo la solución en mi cabeza pero no lo puedo decir. Mi jefe jamás lo permitiría. Es mejor que se les ocurra a ellos. Sólo podemos guiarles hacia la solución que deseamos, no podemos imponerla. Joder si es la maldita única solución a su problema, ¿por qué no puedo cerrar la boca del puto gordo barbudo que atormenta mi existencia? Nuevamente lo veo claro: reunión de negocios. El gordo barbudo mira su reloj. Un reloj caro, muy caro. Propone salir a comer. Todos asienten. Vayamos al restaurante ese del cordero y buen vino, dice una voz. Es en lo

único que piensan. Comer, beber, tontear con la camarera cuando nos sirve la comida y mirarla el culo cuando se aleja de la mesa. Reunión de negocios.

Durante la comida se habla de varios temas. Trabajo, empresas, dinero... negocios. Estamos a punto de tomar el café cuando mi móvil comienza a sonar y vibrar dentro de mi chaqueta. Respondo a la llamada. Es el señor inspector. Me levanto de la mesa pidiendo disculpas. Salgo fuera.

- Qué tal amigo mío – dice con voz irónica. - Quería yo hablarte de un tema importante. La chica asesinada anoche. Supongo que sabrás de quién te hablo, ¿verdad?

La pregunta me deja atónito. No tengo ni idea de lo que me está hablando. Se lo hago saber. Ríe. El muy cabrón se echa a reír. Comenta que una pareja de policía ha pasado esta mañana por mi domicilio, pero no había nadie. - Íbamos a buscarte al trabajo pero antes he preferido llamarte. Estamos en la entrada de tu oficina. Prefiero que bajes tú – me dice. Ahora soy yo el que sonrío. Le hago saber que no estoy en la ciudad. Estoy un viaje de trabajo. - Salí ayer a las siete de la mañana. Puede preguntar a quien quiera. Ahora mismo estoy en una importante comida de negocios. Para más señas le diré que estoy en Barcelona. Y ahora si no tiene nada más importante que decirme, inspector, le agradecería que me permitiera seguir ocupándome de mis asuntos -. El inspector permanece unos segundos en silencio. Ambos permanecemos callados. - ¿puede usted demostrar que anoche no estuvo en Madrid?-, pregunta. La voz le ha cambiado. No puedo ver su cara pero adivino cierto grado de ira, indignación y nerviosismo en su rostro. - Por supuesto. En mi empresa y en el hotel donde me alojo puede obtener toda la información que precise -, respondo con tranquilidad. Le doy la dirección del hotel. Me asegura que lo comprobará. Cuelga.

Vuelvo a entrar en el restaurante. En la entrada hay unos periódicos, sobre una pequeña mesa al efecto. Miro la portada de uno de ellos. “El asesino de mujeres actúa de nuevo en Madrid”, reza el titular. No puedo evitar leer el breve resumen de la noticia. Una mujer joven aparece degollada junto a su coche, en un garaje. - Es horrible, ¿verdad?- dice una camarera del restaurante al ver mi rostro confuso, preocupado. La miro. - Sí, es horrible - , respondo. Horrible.

Día 34

Después de dos días de confirmación de la estupidez humana en Barcelona, vuelvo a casa. El contacto con gente de otras ciudades me apoya en la idea de que Madrid no es esta la única zona del mundo donde la raza pierde cada vez más la identidad ganada tras miles de años de evolución. Es una mal endémico, generalizado, de nivel mundial.

En el tren de regreso llevo conmigo varios periódicos de tirada nacional. Leo toda la información relativa al último asesinato. La prensa, y al parecer la policía también, está convencida de que el autor es el mismo que en las anteriores ocasiones. “El crimen, acontecido en un céntrico barrio de la capital, suma una nueva víctima inocente al ya de por sí gran número de fallecidos y pone de relieve la presencia de un asesino entre nosotros. Y sin embargo nadie mueve un dedo para solucionarlo”, comenta un político de la oposición en una entrevista. Patético. No tienen ni idea de lo que hablan. Empiezan a emplear mi obra como acto publicitario. Joder. No han entendido nada. Nunca serán capaces de entender nada.

Tras leer todos los artículos relacionados cierro los periódicos. Permanezco callado, con los ojos cerrados. Necesito pensar. Quiero imaginar que se trata sólo de una casualidad, pero algo dentro de mí me hace creer que no es así. Ese último asesinato, tan parecido a los míos me pone nervioso. Creo que se trata de un reto. Alguien quiere decirme algo. Lo sé, lo intuyo.

Recuerdo la llamada del inspector. Sonríe pensando en su voz incrédula cuando supo de mi viaje, de mi estancia en Barcelona durante los acontecimientos. Dentro de unos días tengo una cita con el juez que lleva este caso. No tienen ninguna prueba contra mí, y esto último echa por tierra todas las expectativas de mi querido policía. Aún así no sé si debería alegrarme ante las circunstancias.

El tren avanza rápido, atravesando los campos de esta España medio moribunda,

irreconocible ya, tras tantos años de gestión mediocre, imbecilidad nacional y estupidez redomada. Por fin llegamos al destino. Lo primero que hago al llegar a casa es llamar a Marta. Estoy deseando verla. Vivimos cerca así que decidimos vernos. Quedamos en un bar cercano. La cuento mi viaje, hablo sobre mis aburridas reuniones y las ganas que tenía de verla. Ella habla sobre su día en el trabajo. Después me comenta algo del asesinato. Está asustada. Toda la ciudad está atemorizada ante la perspectiva de que un loco ande suelto por ahí.

Hablamos de eso durante un rato. Ella quiere saber mi opinión. Me vuelve a preguntar por Lorena. Vuelvo a explicarle que entre ella y yo no había una relación tan seria como la gente piensa. Tiene miedo. Marta tiene miedo, por ella, por el niño, por mí. La digo que no debe temer por nada, y menos por mí. No nos pasará nada. El problema, pienso, es que yo también me estoy empezando a asustar.

Día 35

Los acontecimientos se suceden como eslabones de una cadena frágil, fina, delicada. Tengo la sensación de que toda mi vida se puede romper en cualquier instante. Una circunstancia da paso a otra, como la ficha de dominó que cae por efecto de otra, eternamente, sin poder hacer nada para evitarlo. No puedo parar ese flujo de sucesos, que me desborda hasta apoderarse de mi vida por completo. Ahora mismo ya no soy dueño de mi vida, ni de mis actos. No controlo mi futuro, no puedo cambiar el pasado y el presente se convierte en futuro tan rápido que mi “ahora” ya está obsoleto.

Han pasado algunos días desde que escribí por última vez en este diario. No he tenido demasiado tiempo para mí. Casi no he podido ver a Marta esta semana. Estoy nervioso. Duermo poco por las noches. Alguien pretende manipular mi vida. Descubriré quién pretende hacerlo y seré yo quien manipule su vida. Su muerte.

La cita con el juez fue rara. Allí estaba el inspector, mi querido inspector. Había también

varias personas más que yo no conocía. Se me informó de que podía asistir allí con abogado. Renuncié a ello. Me hicieron varias preguntas sobre mi relación con Lorena. También me preguntaron acerca del resto de chicas. Noté sus miradas clavadas en mí. No era oficialmente un juicio pero yo sabía que me estaban juzgando... A mí. Por supuesto nada de lo que les dije podría haberme metido en líos. No existía ninguna prueba real que pudiera señalarme. El inspector ya no estaba tan seguro de mi culpabilidad. Ni siquiera yo estaba seguro de ser culpable de algo.

Pasé en esa sala un par de horas. La tensión del ambiente, las expresiones frías de sus rostros, las miradas acusadoras, las acusaciones sin mirarme, sus preguntas, mis contestaciones meditadas: la justicia injusta de este mundo.

Cuando salí de los juzgados era casi de noche. Estaba bastante lejos de mi casa y no me apetecía compartir el transporte hasta mi casa. Decidí ir en taxi. De camino pude pensar en todo lo que estaba ocurriendo en mi vida. ¿Quién era ese nuevo asesino? ¿Por qué ahora?. Seguía pensando en él cuando llegué a mi casa. En buzón pude ver algunas cartas. Había varias facturas y algo de propaganda. Mientras subía en el ascensor hasta mi piso, un sobre, sin dirección ni remite, llamó mi atención. Al principio lo había pasado por alto, imaginando que era propaganda. Pero un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando al revisar por segunda vez toda la correspondencia vi aquel sobre blanco, inmaculado. Lo abrí lentamente, temeroso. En su interior sólo pude encontrar un papel doblado por la mitad, una nota escrita a mano, con tinta roja y en letras mayúsculas. El corazón se latió con fuerza, acelerado, cuando leí el contenido del escrito: “¿Superará el discípulo al maestro?”.

Permanecí varios segundos, o tal vez minutos, en pié, junto a la puerta del ascensor, callado, pálido mi rostro, según pudo afirmar el vecino que me sacó de ese estado con sus palabras.

- Tiene usted mala cara. ¿Pasa algo? Está usted blanco - comentó.

- No nada. Creí haber olvidado algo importante – mentí con una sonrisa forzada en mi rostro, mientras dirigía mis pasos hasta la puerta de mi casa, aterrado.

Día 36

Leo la carta. La maldita carta. La leo una y otra vez. Me concentro en la frase escrita: “¿Superará el discípulo al maestro?”. Quizá la carta no iba destinada para mí. Quizá alguien, simplemente, se equivocó de buzón. Tal vez la carta es una broma absurda, o un nuevo estilo de propaganda o...

Suena el despertador. Lo observo con mirada de desprecio. Estoy tirado en la cama, con la carta entre mis manos y el despertador emitiendo un sonido incesante y monótono. Ese aparato está sonando inútilmente demasiadas veces en estas últimas semanas. Duermo poco, demasiado poco. Tengo la sensación de ser un cadáver que se mueve de una punta a otra de la ciudad, buscando la forma de salir de aquí. La gente que me rodea, lejos de poder ayudarme, sólo serían capaces de hundirme un poco más en mi miseria. Marta es la única persona a la que puedo aferrarme, pero no quiero que sufra.

Salgo a la calle antes de lo normal. Decido caminar hasta el trabajo. Como siempre la brisa húmeda de esta mañana lluviosa me ayudará a despejarme. Después de andar varios pasos me quedo quieto. Un escalofrío recorre todo mi cuerpo. Me giro rápidamente. Miro. Busco con mi mirada algo, alguien que pueda darme explicaciones, pero allí no hay nadie. Alguien más sale del portal de mi casa. Una de mis vecinas se dispone a empezar su jornada. Me saluda y anda deprimida. Pasan algunos coches. Vuelvo a girarme y continúo mi camino. Durante todo el recorrido tengo la sensación de que alguien me observa. Me vigilan. Varias veces me paro y busco rápidamente con la mirada pero no encuentro a nadie que me siga. O tal vez todos me están siguiendo. Sí, es eso. Todos me siguen. Toda esta maldita gente es la culpable de todo. Todos ellos saben lo que me está pasando. Toda esta población pestilente conoce mi sufrimiento y me hacen daño, más y más daño. Debería acabar con todos de una vez. Lo haré. Acabaré con todos ellos. Para eso estoy aquí.

Durante mi día de trabajo no dejo de pensar mi deseo profundo de acabar con ellos. No hablo con nadie hoy. No me levanto de mi sitio a tomar café. Eludo las conversaciones de grupo. Me esfumo. Soy un fantasma. He conseguido pasar desapercibido.

Voy en el metro hasta mi barrio. Parece que por fin ha dejado de llover así que voy a casa de Marta para recogerla y dar un paseo con el chaval. Hace fresco pero es bueno que el niño ande un poco. Paseamos por el parque, como casi siempre. Después, de vuelta a casa paramos en una cafetería y los tres nos tomamos algo tranquilos, relajados. Es sin duda el mejor momento del día. Cuando estoy con ella me siento mucho mejor. De repente, mis ansias y temores, mis miedos más profundos se desvanecen. Ahora sólo importa ella.

Les acompaño a su casa. En el portal ella y yo nos besamos, cuando el chico no nos puede ver. Es un beso rápido, ardiente. Me dice que mañana podrá dejar a Alejandro con la abuela del niño. Dormiré allí. Quedamos para cenar mañana, en mi casa. Ya estoy deseando que llegue el momento.

Vuelvo a mi casa. Cuando entro en el portal siento nuevamente algo extraño en el ambiente. Acaba de empezar a llover otra vez, no hace ni dos minutos. Me gusta el olor a humedad. Miro el buzón. Veo una carta. Un sobre blanco, sin remite ni dirección. El pulso se acelera. Abro el sobre y leo allí mismo su contenido: “Qué chica tan guapa, Maestro. Sabia elección”, reza la nota que hay en su interior. Estoy furioso, lleno de ira. Pienso en Marta. Pienso en ir hasta su casa para protegerla. En ese instante me doy cuenta de que el sobre está mojado. Salgo corriendo a la calle. Corro por las calles adyacentes buscando alguien. Soy el único peatón que se está mojando bajo el aguacero. Desesperado vuelvo a mi casa. Me dirijo hacia los ascensores. Cuando paso por los buzones veo algo blanco salir del mío. Miro en su interior y veo otra nota. Maldita sea. Mierda. En la nota sólo hay una dirección y una hora, además de una pequeña recomendación: “No te molestes en salir corriendo otra vez”. La dirección indicada pertenece a una calle muy cerca de mi casa. La fecha que aparece es la de mañana, a las ocho de la tarde. Creo que mañana tengo dos citas.

Día 37

Siempre se ha dicho que las cosas malas ocurren por estar en el lugar equivocado, en la hora

equivocada. También las cosas buenas ocurren, de forma análoga, estando en el lugar correcto en la hora correcta. Mi cita con un desconocido, esta tarde, a las ocho, a cuatro calles de mi casa, puede ser cualquiera de las dos opciones. La incertidumbre me pesa. Alguien está intentando controlar mi vida, ser dueño de mis propios actos, manejarme. Posiblemente estar ahí sea un error, pero confío en mí lo suficiente como para solucionarlo. Acabaré con él, sea quien sea.

Son las ocho menos diez minutos de la tarde. Hace ya un rato que ha oscurecido. Salgo de casa. Me dirijo hacia el punto de encuentro. Camino, seguro de mi mismo. La oscuridad jugará un papel determinante. No pienso dejarle hablar. No cometeré esa equivocación. Le clavaré mi cuchillo. Lo hundiré en su vientre y le veré morir. Mataré a ese discípulo, como se hace llamar.

La calle donde he quedado está muy cerca también de la casa de Marta. Ella debe estar a punto de salir. Dentro de una hora he quedado con ella en mi casa. Hoy será un gran día en mi vida. Llego al lugar. Miro el reloj. Faltan dos minutos para las ocho de la tarde. Está oscuro. Allí no hay nadie. Espero. Bajo mi chaqueta siento el tacto de mi cuchillo. Miro a un lado y a otro. Estoy solo. Se trata de una vía callejuela estrecha, con poca iluminación. Hay dos tiendas que están cerrando justo ahora. A lo largo de la calle hay algunos portales de viviendas y varios garajes. Sigo esperando.

Dejo pasar el tiempo. Pasan ya diez minutos de las ocho de la tarde. A lo lejos comienzo a oír el sonido de sirenas. Se acercan. En esta maldita ciudad, ese sonido se puede escuchar varias veces al día. Las sirenas se oyen más fuerte ahora. Miro hacia un extremo de la calle y veo aparecer un coche de policía. Va a pasar delante de mis narices. Otro más se aproxima varios metros detrás de él. El primero de los coches hace una maniobra y para el coche justo a mi lado. Dos agentes bajan deprisa. Uno de ellos me mira. Permanezco inmóvil. El otro pasa por detrás de mí y se introduce en la oscuridad de la entrada de garaje que hay a mi espalda. Le oigo gritar algo. El primero de los policías, casi gritando me pide que permanezca donde estoy. Me empuja hacia una pared y me obliga a apoyar las manos sobre ella.

- Está muerta – dice el que está en la entrada del garaje. - Tiene varias heridas. Parecen cuchilladas.

Todo sucede muy rápido. No puedo ver lo que está pasando detrás de mí. Intuyo la llegada de varios agentes más. Las luces amarillas de una ambulancia hacen su aparición en la caótica escena. Uno de los policías me cachea. Mierda. Encuentran el cuchillo. Casi no puedo mediar palabra antes de que me esposen. Algunas personas curiosas comienzan a rodearnos, a varios metros de distancia. Los agentes piden que se alejen.

- Muy bien, hijo de puta. ¿Para qué coño quieres este cuchillo? - dice el policía que me ha esposado. Casi sin darme tiempo a explicarme me dirigen a empujones hacia el el coche patrulla. Luego nos lo cuentas, en comisaría, dice otro. No entiendo nada. Miro de reojo hacia el garaje. Allí, tendida en el suelo veo la figura de una mujer. Empiezo a comprender. Me ha tendido una trampa. Ha sido él, grito. Pero nadie parece escucharme.

A trompicones entro en uno de los coches. Puedo levantar la cabeza y ver a las personas que se arremolinan alrededor de la escena. Entre ellas puedo distinguir una cara conocida. Ella está allí, mirándome, incrédula. Intento negar con la cabeza pero la puerta del coche se cierra antes de que pueda decir nada. El vehículo arranca. Agacho la cabeza y miro al suelo. Maldito hijo de puta, pienso.

Presto declaración en comisaría. Les explico que no tengo nada que ver con esa mujer. Les cuento que sencillamente estaba allí, dando un paseo. No sirve de nada. Los acontecimientos se suceden uno detrás de otro, ajenos a mi voluntad. Me trasladan a los calabozos de los juzgados. Son generosos conmigo y me dejan una celda para mí solo. Soy un preso importante, dicen. Estoy en prisión preventiva hasta que el juez analice las pruebas y decida algo. Por lo menos me dejan el papel y un bolígrafo sobre el que escribo estas líneas. Me han engañado. Me han tendido una trampa. Cierro los ojos. Necesito descansar.

Día 38

Los calabozos del juzgado no son el lugar ideal para pasar un par de días. Allí dentro he visto pasar los engendros más asquerosos que este mundo ha tenido a mal en dejar caer por esta podrida ciudad. He tenido tiempo para pensar en muchas cosas. Sigo convencido de que mi constante lucha es la manera correcta de vivir. La humanidad completa sigue equivocada en sus valores y no cambiará jamás, porque no desea cambiar. En esta labor deberíamos estar unidos los que, como yo, comprendemos lo que está ocurriendo.

Este hilo de reflexión me lleva a pensar en el discípulo que me ha traicionado. Sé que fue él quien asesinó a esa mujer. Ha sido él quien ha hecho que acabe con los huesos en este estercolero de humanidad. Tengo que encontrarle. Es peor que el resto de la gente. No se conforma con una existencia inmundada. Quiere machacarme. Quiere evitar que haga mi labor. Tengo que matarle. Tengo que acabar con él.

Llevo horas pensando. Necesito saber quién es. Sabe dónde vivo. Me ha visto con Marta. Me conoce, me ha estudiado. De alguna manera tengo que haberle visto yo también. Quizá algún vecino. Tal vez alguien me ha visto pasear por el parque. He llegado a pensar hasta en mi querido inspector. Quién sabe. Detrás de la fachada más pacífica, a veces puedes encontrar sorpresas.

Estas reflexiones golpean incesantemente mi cabeza mientras espero mi salida de este agujero. Según comenta mi abogado saldré de aquí dentro de un rato. No han encontrado ninguna prueba. El cuchillo que llevaba no tenía ningún rastro de la víctima. Mis ropas no estaban manchadas de sangre. Básicamente se han dado cuenta de que no fui yo. Sería absurdo estar allí después del asesinato. Espero el momento de llegar a casa. Llamaré a Marta. No he querido hablar con ella estos días. No quiero que me vea de esta manera.

Las horas pasan interminables en mi celda hasta que, por fin, me permiten la salida. El juez no encuentra culpa en mí y salgo en libertad, sin cargos. Eso sí, a la salida la primera persona que me encuentro es mi querido amigo el inspector de policía. Se acerca a mí, despacio. Me mira. No

me dice nada. Ambos nos miramos a los ojos. Dejamos que pase el tiempo, en silencio. Estoy a punto de mandarle a la mierda cuando se gira y, sin decir ni pío, dirige sus pasos hacia un coche aparcado junto a mí. Arranca. Le veo alejarse entre el tráfico.

Decido ir en transporte público hasta mi casa. Allí, rodeado de toda esa gente me agobio. Comienzo a mirar a todos, uno a uno. Intento grabar sus caras en mi memoria. Pienso que alguno de ellos es mi discípulo, mi Judas personal. No puedo evitar la analogía con la historia cristiana de Jesús. Soy un Dios incomprendido y ya tengo mi traidor. Salgo del metro y dirijo mis pasos hacia mi casa. Entro en el portal y camino hasta el buzón. Espero ver dentro una nota de Judas. Abro el buzón lentamente. Hay varias cartas con membretes de bancos y publicidad. Entre ellas, un sobre blanco, inmaculado, sin dirección ni remite. Lo abro. Leo la nota que hay en su interior: “No me lo tomes a mal, maestro. ¿Te gustó mi obra? Por cierto, no me busques en el metro. Yo nunca viajo en metro.”. La rabia se apodera de mí. Arrugo con mis manos el papel y aprieto los dientes con furia. Te cogeré, Judas, pero esta vez yo seré quien te ahorque a ti, traidor.

Día 39

Tras dos días intensos decido dormir hasta tarde hoy. Ayer pude hablar con mi jefe y pedir un día libre. Necesito descansar y reflexionar. Paso gran parte de la mañana en la cama. No hago nada. Sólo pienso. Casi a mediodía me doy una ducha. Dentro de un rato saldré a comer. He quedado con Marta. Hace varios días que no la veo. Ayer hable con ella por teléfono. La encontré bastante rara. No la culpo. Espero poder tranquilizarla.

Salgo de casa. Camino hasta una parada de autobús cercana. Espero paciente. Hace bastante frío. Subo la cremallera de mi chaqueta y meto las manos en los bolsillos. Una suave lluvia empapa despacio las calles. El otoño, el más frío del siglo, parece haberse instalado definitivamente en la ciudad. Una hilera de paraguas desfila delante de mis narices. La parada está repleta de gente esperando. Por fin aparece el esperado autobús. El tropel de gente sube de manera anárquica. Qué asco de humanidad.

El restaurante italiano donde he quedado con Marta está lleno de gente. La mayoría de ellos son trabajadores de empresas con oficinas en los edificios cercanos. Se creen grandes hombre que trabajan en grandes edificios, rascacielos. El centro de negocios de la capital está repleto de estos aprendices de empresarios. Ella y yo nos sentamos en una de las pocas mesas vacías que quedan. Agarra mi mano y me mira con cariño. Pensé que su actitud sería algo más distante. Sin embargo ella se muestra cercana y agradable. Hablo de lo que ha pasado en estos últimos días. La explico que todo fue una confusión, una equivocación desafortunada de la policía. Ella escucha y asiente. Poco a poco veo desaparecer la sonrisa de su rostro.

La conversación casi se vuelve un monólogo en el que yo cuento algunas de las cosas que vi mientras estaba encarcelado. Pasamos casi dos horas hablando. Marta casi no abre la boca. Se limita a asentir y sujetar mi mano con fuerza. Me resulta un tanto extraño su silencio. Terminamos de comer y la acompaño un rato hasta su trabajo. Estamos a punto de llegar. De repente ella se para y me mira.

- Alguien llamó anoche a mi casa. No me dijo su nombre. Sólo que tú sabrías quién era. Me dijo que me contarías exactamente esto que me acabas de contar. También me dijo que omitirías algunos detalles, como el del cuchillo. ¿Qué hacías tú con un cuchillo allí?

Ambos nos quedamos un rato en silencio. Intento explicarme. Intento decir que todo fue una coincidencia, pero Marta niega con la cabeza. - Lo siento mucho, - dice, casi en un susurro - pero creo que prefiero estar una temporada sin verte. Lo siento.

Ella se aleja caminando. Quedo allí, de pie, inmóvil, durante varios segundos. Ira. Rabia. Odio. Enfurecido giro sobre mis talones y comienzo a caminar sin importarme la dirección. Ese maldito bastardo me está robando la vida. Me roba a Marta. Juro que lo pagaré caro. Muy caro.

Paso varias horas caminando sin cesar, sin rumbo fijo. Finalmente llego hasta mi casa. Entro en el portal y busco en el buzón. Espero encontrar una carta, una nota de mi Judas personal, pero

esta vez no hay nada. Nada. Vacío. Mierda. Aprieto los puños con fuerza. Cierro los ojos. Mi cuerpo tiembla desbordante de ira. Subo a mi apartamento. Cierro la puerta tras de mí. Golpeo con fuerza una pared blanca, cerca de la entrada. Mi mano empieza a sangrar. No será lo único que sangre hoy.

Día 40

No ver una nota en el buzón me ha sacado de mis casillas. Ese maldito Judas ha conseguido desesperarme hoy. Marta no quiere verme, por lo menos en una temporada. Es increíble. No puedo saber por qué. Supongo que han ocurrido demasiadas cosas en poco tiempo. Ella debe cuidar de su vida, de su hijo. Yo debo empezar a cuidar de mí.

Salgo a la calle. Hace varias horas que la noche ha caído sobre la ciudad, pero estoy seguro de que él anda por aquí. Tiene que estar bastante cerca. Sabe todos mis movimientos. Se anticipa a ellos. Creo que me vigila constantemente. Hoy no caeré en la misma trampa. Voy completamente desarmado. Creo que mis manos serán suficientes. Confío en mí. Soy un tipo fuerte, fornido. Le ahogaré con mis propios dedos. Miraré sus ojos cuando su vida se consuma y le susurraré cuando llegue su final. Mi voz será lo último que oirá. Esa es mi venganza.

Camino por las callejuelas de mi barrio. A estas horas soy un hombre solitario dando un paseo. Me cruzo con pocas personas. Las intento mirar a la cara, escrutar sus rostros a medida que pasan junto a mí. Sé que sabré reconocer al traidor cuando lo vea.

El tiempo pasa rápido. Continúo mi búsqueda. Cada minuto que pasa la calle se vacía de la poca gente que había. Sigo caminando, sumido en mis pensamientos. No puedo quitar su imagen de mi cabeza: Marta. Siento cada vez más rabia contenida dentro de mí. Espero el momento que explote. Deseo que toda mi ira salga cuando esté frente a Judas. La idea de ir sin ninguna protección cruza mi cabeza fugazmente. Sé que él irá armado. Sé que puedo acabar aquí, esta noche. También sé que puedo liberarme por fin de esta carga y continuar con mi obligación.

Ya no queda nadie por las calles. Miro mi reloj. Son casi las dos de la madrugada de un día de diario. La ciudad duerme por completo. Quizá me he equivocado. Tal vez hoy no lo veré. Decido tomar el camino que me llevará a casa. Iré despacio. No tengo miedo. Camino lentamente. Un paso. Otro paso. Mis pies marcan el ritmo lento de mi respiración. Tras una esquina aparece un hombre. Lleva una chaqueta y las manos metidas en los bolsillos. Mi cuerpo reacciona inmediatamente. Comienzo a respirar más rápido. No puedo evitar que mi corazón comience a latir con más fuerza. Estoy casi a su altura. Se dirige directo hacia mí. Le veo sacar algo del bolsillo. Creo que es un objeto metálico, aunque no puedo distinguirlo con claridad. No pienso nada más. Me lanzo sobre él y golpeo su cara con mi puño. Oigo un pequeño alarido saliendo de su garganta. Ambos caemos al suelo. Golpeo su cara sin parar, una y otra vez. No me detengo. Golpeo. Golpeo. Agarro su cabeza y la estrello contra la acera. Repito varias veces este movimiento. Un charco de sangre comienza a salir de su cráneo. No oigo ningún gemido ni queja. Me detengo. Lo miro. Busco su mano con mi mirada. Espero encontrar una navaja, o un cuchillo. Veo algo plateado. Lo cojo. Un precioso mechero de gasolina. Tiene una inscripción. Mierda. Me levanto. Busco alrededor. No hay nadie. Salgo de la escena lo más rápido posible. ¿Era él?. Guardo el encendedor en mi bolsillo. El botín.

Mientras me alejo en dirección a mi casa pienso en la posibilidad de que fuera él. Quizá lo era. Quizá mi reacción violenta lo cogió desprevenido. Estoy cerca de casa. De repente siento un dolor agudo en la pierna izquierda. Una sombra se desvanece. Todo ocurre rápido. A lo lejos veo una figura correr. Intento salir en su busca pero me derrumbo. Miro mi pierna. Sangra. Tengo un corte profundo en el lateral del muslo. Casi no puedo andar. Me levanto, apoyado en un coche. Cojeo hasta mi casa. Noto la sangre resbalando por mi pierna.

Llego al portal. Debo subir y curarme la herida. Paso junto a los buzones. No es el mejor momento para mirar el correo pero sé que debo hacerlo. Miro. Ahí está, su maldita nota. Decido subir a casa y leerla cuando esté dentro. Lo primero que hago es curar la herida. Es perfecta. No ha cortado ninguna parte vital. Aplico desinfectante y un fuerte vendaje sobre la herida. Me dolerá varios días, pero no me puedo permitir acudir a un hospital. No ahora mismo y él lo sabe. Tomo la

nota y la leo: “Un recuerdo para mi maestro.”. Arrugo la nota y la lanzo contra la pared. Es la primera vez que tengo miedo.

<http://asesinopsicopata.blogspot.com/>

Juanjo Escribano